

# El Amigo del Pobre

FRANQUEO  
CONCERTADO

**DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA**

FRANQUEO  
CONCERTADO

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 " " " " " " " " " " " "	1 pta. " " " "
100 " " " " " " " " " " " "	5 " " " " " "
500 " " " " " " " " " " " "	25 " " " " " "
1000 " " " " " " " " " " " "	50 " " " " " "

**«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»**

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

**Tirada mensual de este periódico  
21.000 EJEMPLARES**

**ADVERTENCIAS**

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

**D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73**

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

## El odio y el amor

Un día que paseaba yo por el campo, al final de un estrecho sendero, hoy desconocido, encontré la casa de Antonio Aldana, un buen hombre, ya anciano, a quien estimaban todos los habitantes de la comarca.

Sentado en un banco delante de la casita estaba el viejo Antonio en mangas de camisa, pantalón y chaleco de domingo, cuello almidonado, sostenido por una corbata de seda; en una palabra, casi de gala, aunque no fuese día de fiesta.

—¡Hola, abuelo! le dije: parece que está usted de fiesta ¿eh? ¿Qué hay? ¿Alguna feria? ¿Una boda? ¿Un bautizo?

—Sí, replicó el anciano, moviendo la cabeza.—Estoy de fiesta a pesar mío y contra mi voluntad. Figúrese usted que vengo del juzgado.

—¿Cómo! ¿Del juzgado?

—Sí. ¿Le extraña a usted? También a mí. Es la primera vez en mi vida, y espero que será también la última.

—Pero ¿ha sido usted acusado? No es posible. ¿Qué hay que reprochar a un hombre como usted?

—¡Quí! Gracias a Dios no he ido como acusado, sino como testigo. Verá usted, siéntese. Le voy a contar el caso, y usted me dirá si he hecho bien o mal. Porque ha sido tan inesperado, que me ha trastornado un poco.

—Por San Miguel, sabe usted, hay una feria anual de ganado, a la que no suelo faltar. En esta última vi a Francisco el cazador que estaba en tratos para vender una vaca a Juan el granjero, que decía:

—Esta sería una buena vaca si no tuviera las ubres tan pequeñas.

—Eso es muy natural, replicó el cazador, puesto que acabo de ordeñarla; pero la vaca está sana y no tiene ningún defecto.

—Me asegura usted que no tiene ningún defecto?

—Ninguno, afirmó el cazador.

—Entonces, trato hecho.

—Algunos días después se observó que la vaca no retenía la leche. El granjero quiso devolverla al cazador, pero éste no la aceptó, negándose a devolver el dinero; Juan se quejó de haber sido engañado, y el asunto pasó a los tribunales. Fue llamado a declarar bajo juramento, y dije la verdad: que el vendedor había declarado a la vaca sana y sin defecto.

—El cazador tuvo que quedarse con la vaca y pagar las costas, más una indemnización al granjero. Y ahora, dígame usted si he hecho bien o mal en decir lo que había visto?

—No solamente ha hecho usted bien, sino que es así como debía haberlo hecho, aunque por ello no le quede muy agradecido el cazador.

—Sin duda, y no perderá la ocasión de mostrármelo.

—Ya se callará, si es prudente. Podía usted llevarle otra vez a los tribunales.

—¡No lo quiera Dios! No piense volver más allí.

—No hay que jurar, abuelo. Esperemos lo mejor, y hasta la vista.

—Adiós, señor. ¡En qué mundo vivimos! Estreché la mano del buen anciano, y me alejé.

Algunos días después, un sábado por la noche, estando Antonio sentado a la mesa con su hijo Jorge y la criada, un hombre entró bruscamente, sin llamar a la puerta: era Francisco el cazador:

—¡Buenas noches!, dijo secamente.

—¡Dios te bendiga!, replicó Antonio.

—¡Déjate de Dios ahora!, murmuró Francisco entre dientes.

Después, tomó una silla, tiró el sombrero sobre un banco, y volviéndose hacia Antonio:

—Tengo que hablarte, le dijo secamente.

—¿Quieres que se vayan Jorge e Isabel?

—Que se queden si quieren.

—¿Sabes lo que me ha costado el juicio?

—No, dijo Antonio sencillamente.

—Pues yo te lo diré. ¡Cuatrocientas pesetas, ni más ni menos!

Y el cazador dió un formidable puñetazo en la mesa. Sus ojos brillaban siniestramente, y Antonio, que no era fácil de asustar, retrocedió como por instinto. El perro empezó a ladrar sordamente.

Antonio le calmó con caricias, y después dijo con tono tranquilo:

—Pues yo no tengo la culpa.

—¿Qué no tienes la culpa? Tú y tu maldita declaración, gritó Francisco.

—¡Mi declaración! ¿Qué le voy a hacer, si presencié la venta? El granjero me ha hecho citar como testigo y el tribunal me ha tomado el juramento. ¿Podía decir otra cosa que lo que había oído? En conciencia...

—¡Sí, sí! ¡Tu conciencia! Eso no quita que me cueste cuatrocientas pesetas. No lo olvidaré.

—Pero ¿vamos a ser enemigos por esto? replicó el anciano tristemente. Bien a pesar mío he declarado contra tus intereses. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Después de todo, dijo el cazador, no has perdido el día. A los testigos se les paga.

—No me insultes, Francisco. Si tuviera el precio de ese día, lo echaría aquí a tus pies. Allí, en la capilla de los pobres, lo he echado en el cepillo. No he querido guardarlo.

—Se comprende: el dinero del pecado te quemaba las manos. Pero mis cuatrocientas pesetas quemar también, y no a mi bolsillo.

—Mira, Francisco, acabemos. No quiero tener enemistad contigo ni con nadie; pero tampoco quiero que me echen en cara mi declaración. He dicho delante de Dios y de los hombres lo que creía justo y verdadero.

Además, te digo francamente que yo no habría comprado la vaca; nada más verla.

A estas últimas palabras Francisco se levantó, rojo de cólera, pero, por un violento esfuerzo, se dominó y tomó un tono indiferente.

—Nadie tendrá que decir más de la vaca, dijo; la he matado ayer. Si quieres algunas libras de carne..

—Con mucho gusto. Mándame algunos kilos.

Los montañeses, generalmente, comen muy poca carne. Cuando uno de ellos, por una razón o por otra, mata alguna pieza, vende la carne a los amigos, a bajo precio. Francisco vivía solo con su hija y un criado, y una vaca era demasiado para una familia tan reducida.

Francisco, terminada su comisión, se levantó, miró oblicuamente a Antonio, y, poniéndose el sombrero, salió precipitadamente. El perro se puso a ladrar con gran furia, y hubo que sujetarle para impedirle que persiguiera a aquel visitante tan poco cortés. Cuando hubo salido, Jorge dijo:

—Yo no le habría comprado la carne, ni pienso comerla. Francisco es un hombre colérico, vengativo y falso. Nos salta a la vista; hasta a la del perro.

—No hables así, hijo, le dijo el anciano.

No se trata de su carne, sino de la de su vaca.

Es verdad que es colérico y vengativo. Lo que debes hacer es no imitarle en ello.

Una semana después el criado del cazador vino por la noche después de cenar a traer algunas libras de carne. Antonio se había acostado ya, y fué Jorge quien tomó la carne y la pagó, aunque le pareció el precio muy elevado.

—Quiere recuperar alguna parte de las cuatrocientas pesetas, dijo, ordenando a Isabel que le salara a fin de ahumarla.

A media noche, Jorge, que dormía en el piso bajo, oyó llamar a la ventana. Al principio creyó que era efecto del sueño, pero habiendo oído nuevos golpes, abrió con precaución, y preguntó:

—¿Quién va?

Le pareció distinguir en la obscuridad la silueta de una muchacha, y una voz suave y temblorosa respondió:

—Vengo de casa del cazador.

—¡Ah! ¿Eres tú, María?

—Sí, Jorge. Llama a tu padre, que tengo que decirle una cosa importante.

—¿No podrías decírmela a mí? Mi padre duerme, y no me gusta despertarle.

—Preferiría que solo tu padre lo supiera.

—Entonces, ven mañana.

—No. Acaso sería tarde. Pero, si no hay otro remedio, te lo voy a decir. ¿No te enfadarás, ni lo dirás más que a tu padre?

—Te lo prometo, María.

La joven se acercó más a la ventana, y murmuró en voz baja:

—No comáis la carne que os ha vendido mi padre.

—¿Por qué? Habla sin reparo.

María respondió más bajo todavía:

—No la comáis; os haría daño. Está...

—¿Envenenada?

—Algo parecido.

Después añadió tristemente:

¡Mi padre estaba tan furioso!...

—¿Y si sabe que has salido esta noche?

—Ha salido esta tarde de caza y no volverá tan pronto. Pero, por amor de Dios, no se lo digas más que a tu padre... Yo no tengo la culpa...

—No, tú no tienes la culpa. Adiós y gracias.

Al día siguiente, antes que Antonio se hubiera levantado, la criada dijo al joven:

—¡Vaya una carne que nos ha mandado el cazador! No parece de vaca.

—Te iba a decir que no la salaras. La emplearemos en otra forma.

Jorge contó todo a su padre, que le respondió tristemente:

—Nunca pude creer que la cólera y la avaricia llevasen a un hombre a esos extremos. Guarda el secreto, Jorge, y esperemos que la venganza del cazador no pasará más adelante.

Jorge dió la carne a los gatos, que no la quisieron. Solo uno comió, el cual abandonó la casa y no volvió a parecer. Habría muerto en un rincón.

Algunas semanas habían pasado después de estos sucesos, cuando llegó el día de la feria anual en un pueblo vecino, situado en un valle, al otro lado de la montaña.

Además del camino hay un atajo al través de la montaña, que no es peligroso más que en un sitio llamado *el mal paso*. El sendero, tan estrecho que no pueden pasar dos personas de frente, bordea durante unos veinte metros una roca a cuyos pies se abre un insondable precipicio.

El viejo Antonio, que había ido a la feria, volvía hacia el anochecer por el atajo, cuando algunos metros del *mal paso*, vió surgir de repente, por detrás de los taludes de la roca, la silueta de Francisco el cazador, armado de su escopeta.

¿El encuentro era fortuito o intencionado? Antonio dudó: ¿debía seguir o retroceder? Se encomendó a la Virgen y dió tres pasos atrás.

—¡Alto! le gritó Francisco. Vamos a ver si eres valiente.

Antonio se volvió y vió al cazador que apuntándole con la escopeta, le decía:

—Te has librado del veneno, pero no te librarás de esta bala.

Entre los dos hombres la roca formaba una curva. Instintivamente Antonio se echó a un lado. El cazador, para apuntar mejor, se inclinó hacia atrás, pero dió un paso en falso y cayó, mientras la bala partía por el aire.

Todo esto fué obra de un minuto. Antonio dió gracias a Dios, y su primer cuidado fué ver dónde había caído el cazador, para auxiliarle y salvarle si era posible.

Después de mil esfuerzos logró bajar donde yacía el cuerpo del asesino. Este no estaba muerto; pero respiraba penosamente y tenía el rostro lleno de sangre. Se había roto la pierna izquierda. Antonio lavó la sangre, con su pañuelo humedecido, colocó al herido en una posición más cómoda, y corrió al pueblo en busca de auxilio.

Todas estas idas y venidas necesitaron bastante tiempo. Al fin volvió Antonio con dos hombres fornidos que, con mucho trabajo y a costa de vivos dolores para el cazador, le transportaron a uno de esos reductos que en los Pirineos sirven para guardar el ganado. Le extendieron sobre la paja, y volvieron al pueblo en busca del cura y del médico.

Antonio se había quedado solo con el cazador que volvió en sí. Miró vagamente a su alrededor, y murmuró angustiosamente:

—¿Dónde estoy?... ¿Quién está ahí?

Antonio no sabía qué responder. Una emoción muy viva podía perjudicar al des-

graciado. Al fin, se acercó, tomó la mano ensangrentada, tendida inerte a lo largo del cuerpo y dijo dulcemente:

—Soy yo, Francisco. No temas nada. Soy Antonio.

Francisco abrió los ojos con espanto.

—¡Tú, eres tú! Estoy perdido... Voy a morir... ¿Puedes perdonarme?

—Si, si. Que Dios te perdone como te perdono yo.

Y el anciano comenzó a recitar lentamente el *Padrenuestro*. Gruesas lágrimas caían de los ojos del cazador, y sus labios se movían como para unirse a aquella plegaria suprema. Cuando llegó a las palabras: *Perdónanos nuestras deudas*, Francisco hizo un esfuerzo para estrechar la mano de su enemigo de la víspera.

El cura llegó el primero y administró los últimos sacramentos al moribundo. Media hora después se presentó el médico; pero no tuvo más que hacer que certificar la muerte del cazador.

La noticia de esta muerte se extendió bien pronto por la comarca, y no faltaron los comentarios más diversos.

Se dijo que el cazador había caído de una roca y que había sido una suerte para él encontrar a Antonio en su camino. Otros, dijeron que no era natural aquella caída en un cazador tan hábil... además, Antonio y Francisco eran enemigos... y estaban solos... ¿Se sabía con precisión lo que había sucedido?

En el entierro, al que acudieron todos los habitantes del valle, se notó la gran emoción de Antonio; tenía los ojos enrojecidos como de llorar. Y se habló tanto de esto, que el anciano que guardaba cuidadosamente el secreto, dijo tristemente a su hijo:

—Al fin acabarán por decir que he sido yo el que le he matado.

—¡Vamos! Eso no se le puede ocurrir a nadie. Pero no me has dicho cómo sucedió aquello.

—Mira, dejemos hablar a la gente. No se les puede coser la boca.

Dios conceda al pobre Francisco la paz que no ha encontrado en la tierra.

Pasaron algunos meses. Un día que el padre y el hijo estaban sentados delante de la casa, Jorge quiso acabar de una vez, y dijo:

—Escúchame, padre. Me has dicho muchas veces que debía pensar en casarme.

—Ciertamente; y te lo repito. Ya soy viejo, aunque todavía fuerte y robusto, y no me disgustaría recibir una hermosa nuera en casa. ¿Has hecho ya tu elección?

—Sí... es decir... no... porque... acaso... Es María, la hija del cazador.

Aunque era buen cristiano, el viejo Antonio, no pudo menos de sobresaltarse. Encendió su pipa y comenzó a pasear por delante de la casa, para calmarse un poco.

Entonces comprendió por qué Jorge le hablaba tan a menudo de lo que se decía en el pueblo sobre la muerte del cazador. También Jorge veía allí un misterio, y tenía interés en saber la verdad. Antonio comprendió que se hacía imposible permanecer en silencio.

—Escucha, le dijo. Lo vas a saber todo, pero quedará entre nosotros dos.

Y se lo contó todo, añadiendo:

—María es la hija del cazador, que ha intentado asesinarme por dos veces. Yo no conozco el odio, pero confieso francamente que no me sería grato que esta chica fuese mi nuera.

A su vez el hijo permaneció largo tiempo pensativo y silencioso. Comprendía a su padre y admiraba su fuerza cristiana; pero amaba a María, y tenía ya veinticinco años.

—Yo no le creía tan perverso, dijo en voz baja. Pero María es completamente inocente... Y la primera vez, acuérdate, padre, ha sido ella la que nos ha salvado...

—Es verdad, hijo. La muchacha es buena, lo reconozco. Pero tengo mi experiencia. En un matrimonio no siempre marcha todo bien; puede haber querellas. Tú, Jorge, eres muy vivo, y no te metes la lengua en el bolsillo. Supónete que en un movimiento de

cólera, echas en cara a María la falta de su padre, aunque sabes que es inocente. Y con eso basta para destruir la felicidad doméstica.

El joven quedó pensativo durante un momento.

—Pues bien, padre. Tu ejemplo me ha enseñado a perdonar. Te juro por mi fe de cristiano que, si María es mi esposa, nunca ni mis actos ni mis palabras la recordarán lo pasado.

El anciano, que era un santo a su manera, no perdió la ocasión de ser heroico una vez más.

—Si tales son tus sentimientos, dijo lentamente, cástate con María. No me opongo más.

Seis meses después, la hija del cazador entraba con el título de esposa en casa de Antonio.

Este murió dos años después en los brazos de su nuera, que le había cuidado y le lloró como a un padre.

Luego de largos años de felicidad doméstica, la mujer de Jorge Aldana murió. Y fué en la eternidad donde supo el último acto de su padre, cuando ya no podía perjudicarla en su felicidad.

Así, las alegrías del mundo se componen de mil pequeñas piezas que está el hombre encargado de ajustar. El perdón, el olvido de las ofensas, el silencio y la generosidad son, en esta clase de trabajo, unos obreros muy hábiles. Y el amor sabrá siempre rehacer las obras maestras de armonía que el odio intenta destruir.

#### Antes de ahora

—Si, señor es preciso declarar el boycott más absoluto a esos dos periódicos que vienen prestando apoyo a los contratistas de la revuelta y del ruido en contra de los intereses del pueblo.

—Mire V., yo, como católico, hace ya tiempo que les tengo declarado el boycott a esos dos periódicos y a todos sus similares que, más o menos solapadamente, van contra la Iglesia y sus ministros, amenguando la fe en el pueblo, como si dijéramos, que laboran contra los intereses del alma, de mucha mayor importancia que los del cuerpo. Y este boycott ha sido ordenado por aquel a quien todos los católicos debemos respeto y obediencia: el Papa.

De modo que no hay más que hablar.

—Acaba V. de darme una lección que no olvidaré.

## Los ministros de antaño

El hecho ocurrió en 1826, en la diligencia de Mancon-Lyon.

Un caballero muy acicalado, cantaba las coplas de Beránger, y hablaba con sus más inmediatos compañeros de viaje en estos términos:

—¡Yo soy empleado, pero independiente, caramba! Tengo derecho a ello. Y señalando a un sacerdote y a otros dos señores muy graves que iban en el rincón opuesto, agregó:—Apostemos cien *sous* a que en la primera parada hago yo que bajen del coche ese y esos dos jesuitas disfrazados.—Y siguió cantando sus canciones anticlericales.

El sacerdote, aburrido, había cerrado su breviario.

En esto sonó el toque de *Angelus* en los pueblos de los alrededores. Los

dos caballeros se santiguaron y se pusieron a rezar. Hubo una explosión de risa, y por orden del cantor de las coplas, se aplaudió irónicamente a los dos «beatos». Uno de estos, sacando tranquilamente el rosario, dijo a su camarada:

—Mi querido conde: es la hora de mi rosario: ¿quiere usted acompañarme?

—Perfectamente, amigo vizconde: lo rezaremos juntos.

—Si ustedes lo permiten—dijo el sacerdote saludando sonriente—lo rezaremos los tres.

Nadie se sonrió más. Sólo se oía el ruido de la diligencia que no impedía a los tres cristianos recitar a voz las *Ave Marias* de la corona virginal.

Se acabó el Rosario y llegó la primera parada del vehículo. Allí (en Trévous) bajó el sacerdote, y, al despedirse de los dos desconocidos, les preguntó cortésmente si podía saber sus nombres antes de separarse.—Con mucho gusto, señor Cura,—le respondió el más viejo;—el vizconde de Montmorency, ministro de Negocios extranjeros.

El sacerdote se quedó estupefacto mientras el otro señor se nombraba a su vez diciendo:

—El conde de Villele presidente del Consejo y ministro de Hacienda.

Nadie salía de su asombro. Mr. de Villele llamó al gendarme de servicio, se le dió a conocer, y señalando al de los cánticos, que ya no chistaba, le dijo: «Gendarme, este señor desea cambiar de departamento, porque aquí hay dos personas que harán una denuncia contra él si continua aquí».

El aludido no esperó aviso dos veces, y salió a escape del coche. Pero Mr. de Villele le llamó para decirle:

—Un momento, caballero... ¿Y la apuesta? Nos debe usted cinco francos; los viajeros son testigos de ello... Nosotros no nos bajamos del coche... Todo lo contrario...

El hombre, cada vez más atortolado pagó la apuesta, entre las risas generales, y escurrió el bulto, Mr. de Villele dió los cinco francos al sacerdote, con estas palabras:

—Para los difuntos de su parroquia, señor Cura.

## SECCIÓN AGRICOLA

### Pro-árbol

Los Estados Unidos han figurado hasta hace muy poco a la cabeza de las naciones que demuestran su amor al árbol y que fomentan su plantación, hasta el punto de que los Ayuntamientos están gastando respetables sumas en esto, batiendo el «record» la ciudad forestal de Chicago, que pretende ser el porta-estandarte de la máxima «urbs in hortu» una ciudad en jardín y, a tal objeto ha sido emprendida una intensiva campaña de repoblación forestal, habiendo dado a la publicidad un folleto en el que constan los pensamientos siguientes:

1. Los árboles son hermosos por su forma y color, e inspiran un constante aprecio a la naturaleza.

2. Los árboles contribuyen al buen aspecto de la arquitectura.

3. Los árboles desarrollan el amor al país, a la nación, a la ciudad y al hogar.

4. Los árboles ejercen una influencia educativa sobre todos los ciudadanos, especialmente sobre los niños.

5. Los árboles animan la vida exterior como continuación del propio domicilio.

6. Los árboles purifican el aire.

7. Los árboles enfrían el aire en el verano y lo templan en invierno.

8. Los árboles modifican el clima y conservan el suelo en condiciones para la vida.

9. Los árboles prestan resistencia y asilo a los pájaros, que colaboran a las impresiones gratas para el hombre.

10. Los árboles acrecientan el valor real de la nación.

11. Los árboles protegen el suelo del ardor del sol y su sombra es un alivio en el estío.

12. Los árboles contrarrestan las condiciones adversas de la vida de la ciudad.

Todo lo cual no creemos necesite comentario alguno, puesto que la fuerza de su razón es suficientemente terminante. Lo que es de desear es que cunda el ejemplo, ya que tantos y tan positivos resultados puede reportar la imitación, o mejor aún, la realización de tal mejora en las poblaciones que la necesitan, no escasa, por desgracia.

### ¡Animo, valor y miedo!

—¿Pero de veras que te atreviste a ir al Centro a borrarle de socio?

—Atrevime.

—Lo dudo porque todos teneis mucho miedo a los que mangonean aquel tinglao.

—Te diré, antes tuve que emborracharme pa cobrar ánimos.

—¡Ah!.....

## EL HUEVO DURO

Fué llevado un día al hospital de Touey (Jonne, en Francia) un veterano que había hecho toda la campaña del primer imperio. El aspecto de su semblante era por demás repulsivo. Sus ojos brillaban a través de los largos pelos que caían de sus espesas y canosas cejas; unos descomunales bigotes que se extendían de una a otra oreja dividían su cara en dos marcadas partes. Las profundas arrugas de su frente y la dureza de sus angulosas facciones le daban más bien el aspecto de un tigre que el de un hombre.

La primera vez que el capellan pasó por cerca de la cama, quiso dirigirle la palabra, tendiéndole con cariño la mano, como a un nuevo amigo.

—Largo de aquí, le dijo el militar con un bufido, que aquí nada tenéis que guisar.

Llevaba ya quince días en el hospital sin variar en lo más mínimo sus feroces sentimientos; no tenía consideración con ninguna clase de personas: las Hermanas de la Caridad, con su dulzura y su bondad, no se habían tampoco visto libres de su grosera rudeza; pero en lugar de resentirse por esto, parecían no apercibirse de ello sino para redoblar sus caritativos cuidados en su asistencia. Había entre ellas una que se veía precisada a sufrir más que las otras, con una paciencia inquebrantable, las rabotadas y las injurias de aquel hombre brutal; y ella, por lo mismo, se había empeñado en

ganarle con el atractivo de su dulzura. Ya el veterano la distinguía entre las demás y se mostraba a veces menos duro con ella.

Un día sor Antonieta oyó que la llamaba el *padre bomba*, así le denominaba la Hermana; en seguida acudió a su cama. «¿Qué queréis, bravo soldado?—Que me traigan un huevo.—Está muy bien: en seguida lo tendréis.»

A los pocos minutos vuelve presurosa sor Antonieta, trayendo el huevo que había hecho cocer. «Aquí está, valiente,» le dijo con dulcísima voz.

El enfermo lo coge, lo casca sin decir una palabra, y de pronto, con feroz ademán, rechazando el huevo sobre el plato: «No lo quiero, dijo, no está bastante cocido.—Venga, dijo la Hermana, voy a meterlo otra vez en el agua que está hirviendo, y vuelvo en seguida».

Vuelve, en efecto, la Hermana después de esta corta operación. «No lo quiero ¡con cinco mil demonios!; está muy cocido; ahora está duro.—Pues bien, amigo mío, voy en seguida a traer otro y un hornillo de mano para que lo hagáis vos mismo cocer como queráis mientras voy a haceros una torta de manteca de vaca bien fresca. ¿Os gustará?»

El *padre bomba*, que se había propuesto formalmente apurar la paciencia de la Hermana, descargando sobre ella toda su enconada bilis, se sintió conmovido con tanta dulzura; su corazón experimentó una emoción extraña, y una lágrima asomó a sus ojos. Pero sor Antonieta que estaba ya lejos, no se había apercibido de este cambio. Cuando volvió halló a su enfermo que tenía la cabeza apoyada sobre la mano derecha. «¿Qué tenéis? le dijo cariñosamente la Hermana levantando con la mayor dulzura la cabeza del veterano.—¡Qué he de tener!., Tengo, tengo, dijo el militar con cierta vacilación, pero empeñándose todavía en hablar con dureza para ocultar su emoción, lo que tengo es que vuestro huevo ha debido ablandar mi corazón, porque yo en mi vida he llorado... Vaya, Hermana, yo soy un bribón, os lo confieso, y es tan cierto como que vois sois un ángel... Si supiera que había de daros gusto con que yo echara un párrafo con el capellán... ¡vaya! palabra de honor, lo haría.—Amigo mío, seguid, sí, seguid esa buena inspiración; creedme, de Dios os viene y os aseguro que nada me será más grato.—¡Voto a sanes!... ya que tanto os gusta, a mí también me gusta, y os aseguro, Hermanita, que no como el huevo hasta que no haya arreglado mis cuentas con el cura; solamente que... quisiera que fuera en seguida, porque tengo hambre.»

La mansedumbre cristiana convirtió al tigre en cordero. ¿Cuándo lo conseguirán las enfermeras laicas que cobran por asistir a los pobres enfermos?

**Oración que rezan y cantan**

todos los soldados alemanes al empezar el combate y durante la batalla

(Traducción literal que no pierde su encanto a pesar de faltarle el ritmo del verso y de la música.)

Padre, a ti te envoco,  
Envuelto en la rugiente nube que lanzan  
(los cañones,  
De los relámpagos de su fuego;  
Conductor de las batallas, a ti te invoco;  
Padre, condúceme.  
Padre, condúceme;  
Condúceme a la victoria, condúceme a la  
(muerte;  
Señor, reconozco tus mandamientos;  
Señor, según tu voluntad, condúceme;  
Dios, te reconozco.  
Dios, te reconozco;  
En las hermosuras del otoño como en el fra-  
(gor del combate,  
Principio de toda gracia (misericordia), te  
Padre, bendíceme. (reconozco;  
Padre, bendíceme;  
En tus manos encomiendo mi vida;  
Tú me la has dado, puedes tomarla;  
En vida y muerte, bendíceme;  
Padre, yo te alabo.  
Padre, yo te alabo;  
No combatimos por los bienes de este mundo;  
Lo más sagrado defendemos con la espada;  
Por ello, cayendo o venciendo, te alabo;  
Dios, a Ti me entrego.  
Señor, a Ti me entrego;  
Cuando el trueno de la muerte me salude;  
Cuando de mis venas escape la sangre;  
A ti, mi Dios, me entrego;  
Padre, a ti te invoco.  
(Original alemán del poeta Thodor Koerner. Música de F. H. Himmél.)

**Ganarás el pan... con el sudor de tu mujer**

—No comprendo cómo ustedes, que viven al día cuando trabajan, pueden resistir tantos meses de huelga.  
—A mí me mantiene la mujer.  
—¿... ..!

**Acebal, Rato y Comp.<sup>®</sup>****FUNDICION DE HIERRO****Barrio del Tejedor.—GIJÓN**

Cochinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc

**BANCO DE CASTILLA****SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857****Infantas, 31. MADRID****Agencia de Gijón: Calle de los Moros**

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

**CAJA DE AHORROS**

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

**Charla**

—¡Anda de ahí, holgazán! Había de darte vergüenza, un hombre como tú lleno de salud y en lo mejor de los años atreverse a venir a casa con ¡siete pesetas! del jornal de toda la semana. ¿No consideras que tienes mujer y cuatro hijos que mantener?

—Pero si no me dejas hablar... si todo lo hablas tú que tienes la lengua más larga que una caña de pescar... ¿Cómo quieres que te traiga el jornal de otras veces: no sabes que estuvimos de güelga?...

—¿No había trabajo en la fábrica?  
—Si había trabajo, pero vino una comisión de obreros a decirnos que todos a fuera por mor de la subida del pan y de...

—Mira, no me calientes la sangre con todas esas monsergas, que ya me da hasta asco el oír las. De modo que porque a cuatro manguanes se les antojó sacaros de la fábrica, doscientos o más que sois en ella salisteis como borregos? ¿Y no tenéis vergüenza de decirlo? ¿Y os llamais valientes? ¿Y gritáis viva la libertad? La verdad es que para estas cosas somos más plantadas las mujeres. Ya podían venir a mí a decirme: oye, María, no trabajes, deja de ganar el pan para tus hijos porque queremos todas estar de güelga... Del primer ladrillazo que les iba a la cabeza no les quedaba más ganas de venir a disponer en mi casa. ¡Sois unos gallinas! Todo os volveis arreglos y fanfarronadas para que luego dos o tres cualesquiera ordenen y manden a cientos de obreros.

—Tu qué sabes de estas cosas; la sodilla... solidaridad obrera es una cosa mu sagrada, sin ella...

—Sin ella estabais mejor. Como yo conociera a esa... que acabas de nombrar no le quedaba güeso sano en el cuerpo.

—¡Anda! Si creerás que es una mujer como tú!

—No... me figuro que será entonces una fantasma con la que os meten miedo los que juegan con vosotros como con una pelota. La autoridad, la autoridad debía desde luego de cerrar todas vuestras sociedades a cal y

canto; así vosotros viviríais más tranquilos, ganaríais más, que buena falta hace, y nosotros no tendríamos que poner la cara tantas veces en vergüenza cuando vamos a la tienda diciendo: «deme fiado un pan... leche... patatas... aceite... que mi marido continúa de güelga y... ya ve.»

—Así lo piden las circunstancias que atravesamos. Todos abusan del pobre obrero y sobre todo los patronos y los contratistas...

—No, sobre todo esos que mangonean en vuestros Centros y que, sin trabajar, viven en la abundancia como si trabajaran. Si tuvierais coraje, ya que tanto renegáis de ellos cuando estáis muy metiditos en casa, no consentíais más esa burla.

—¿Qué hacías, vamos a ver?  
—Pues abandonarles como se abandona a un apestado. Ya se encargaría luego de ellos la policía.

—¡La policía!... Casi, casi son amigos. Necesitan unos de otros pa vivir. ¿No ves cuando hay güelgas? Con nosotros no tratan, tratan con ellos.

—Nunca os creí tan burros. La verdad es que merecéis el roncal con que os llevan sujetos.

—No insultes y no insultes.

—Si, que están los tiempos para palabritas de miel... Con siete pesetas que me traes para arreglarnos siete días seis personas.

—¿Y si te dijera otra cosa?

—Anda, hijo dócil, desembucha.

—Pues que en lo sucesivo tengo que dejar diariamente ocho perrinas de mi jornal para el socorro a los que no trabajen...

—Mira, Santiago, si consientes que te exploten de ese modo, me separo de ti. Yo me casé contigo en la confianza de que sabrías velar por los intereses de tu casa; para no ser así hemos terminado; me voy con mis hijos por el mundo aunque sea pidiendo limosna.

—Si no lo hago me declaran el boicote como acaban de declarárselo a los romanes, que porque dispararon contra el pueblo indefenso cuando lo del otro día, nos han mandado que no nos afeitemos en las barberías donde ellos se afeiten, que no vivamos en las casas donde ellos vivan, que no compremos en las tiendas donde ellos compren, hasta que se aburran y marchen.

—¡Ja, ja, ja! ¿Y no os han mandado también a qué hora habéis de hacer vuestras necesidades y a qué hora habéis de acostaros y levantaros, y que si tenéis un choyucu no lo aprovecheis...

—Eso último si, también nos lo han mandado. Lo otro, vendrá con el tiempo si conviene a la... soledad obrera...

—Bueno, pues ahora si que digo yo que ya llegó el tiempo de llamaros ¡acémilas Hemos concluido.

Hijos míos, venid a beber un poco de agua y a tomar el sol; es lo único que aún permiten las Sociedades defensoras del obrero ¡Ja, ja, ja!

El que no da un oficio o una carrera a su hijo le enseña a ser ladrón,

Proverbio turco.

**Correspondencia administrativa**

Sr. D. B. O. A.—Blimea.—Pagó a fin Octubre 1914.

Sr. D. A. A. C.—Fano.—Id. a fin Septiembre 1914.

Sra D. C. M. G.—El Pino.—Id. a fin de Mayo 1914.

Sr. D. J. L. F.—Campomanes.—Id. a fin Agosto 1915.

Srta. D. M. G. L. R.—Boñar.—Id. a fin 1914.

Sra. D. A. M. H.—La Redonda.—Id. a fin Mayo 1915.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

**FUNERARIA DE Hijos de Feliciano Rodríguez**

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

**IMAGENES Y ALTARES**

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

**JOSE TENA****BAJADA PUENTE DEL MAR, 1****VALENCIA**

No dejar de consultar esta casa.

**PAÑOS Y NOVEDADES****LA SIRENA****Corrida, 86 y 93****GIJÓN**